

EL EDITOR Y BOOTY QUEEN I de César Santos

Carl Lavoie se encontraba ante la puerta del Dixie, un local de variedades de Harlem, donde la clientela y las drogas tras el telón se llevaban bien, igual que los chistes mordaces en el escenario apuntaban casi siempre contra los políticos de Manhattan, por no mencionar las críticas abiertas a las autoridades del resto de New York.

Era 1948 y el escritor canadiense originario de Ontario se hallaba allí por negocios. Había contactado con él un editor interesado en publicar historias suyas en Estados Unidos, con bastante mala fortuna, pues se temía que el agente de la revista de entrega semanal –una imprenta de tipo *pulp* según la llamada telefónica de esa tarde– lo iba a hacer retroceder un escalafón en su caché, pero era el precio a pagar por intentarlo en un nuevo país.

Después de dar una propina al encargado, Lavoie consiguió una mesa y que le llevaran whiskey con hielo sin mencionar que desentonaba en el Dixie por ser blanco.

En la barra había un hombre con anteojos que tenía el mismo problema para pasar desapercibido. Su piel parecía enfermiza, como si no estuviera acostumbrada a que le diera el sol. Además, pesaba menos que las plumas de un gorrión y se reía con cada chiste, así que debía de ir habitualmente a aquel tugurio.

Cuando terminó la actuación y el presentador anunció que en unos minutos saldría a escena la fantástica *Booty Queen*, el caballero enjuto comprobó la hora y se dio cuenta de que estaba haciendo esperar al escritor con el que había quedado.

Saludó a su cita con la mano y fue a sentarse junto a él.

–¿Qué le ha parecido el monólogo? Desternillante, ¿verdad? –Prentis O’Neil bebía ron con naranja–. No hace falta que nos presentemos: usted es el fantástico Carl Lavoie y yo el editor que piensa que puede publicar sus geniales cuentos.

–Supongo que me ha reconocido por el color. ¿Viene a menudo?

–O sí: los viernes no me pierdo ni una coma del espectáculo. Las oficinas de la editorial están en el quinto piso de este edificio y me resulta fácil bajar aquí después de terminar mi jornada. Me recarga las pilas, por decirlo de alguna manera.

–¿Comprendes los chistes?

–Algunos sí y otros los capto a destiempo, pero me rio por la manera que tienen de expresarse. Ojalá pudiera publicar una revista solo con las historias crueles que oigo aquí, como la del tipo que tiró a su mujer de un tranvía en marcha al descubrir que se acostaba con todos los mozos del barrio menos con él, porque decía que no soportaba el lunar que tenía en el moflete.

–Suenan bastante estúpida.

–Y lo es, pero son las formas lo que le dan sentido.

–Yo no escribo humor.

–Por ello hemos quedado: lo suyo son textos de altura, señor Lavoie. Aunque estén en francés, si puedo puntualizar.

Lavoie llevaba veinte años publicando relatos y novelas cortas en Canadá. Sobre todo, sus textos tenían buena acogida en la parte francófona del país vecino, pero en cuanto a la lengua inglesa todavía no había probado nunca a lanzar nada al mercado. Se trataba de que por una razón u otra no había pensado que sería posible, pues las traducciones resultaban caras y él, como escritor, no ganaba suficiente para acometer la empresa.

–Me interesa saber cómo dio usted con mi obra.

–Verá, no he leído ni una palabra de las que ha escrito.

–Sorprendente. ¿Y qué demonios hacemos entonces?

–Me interesa publicarlo en inglés, ya se lo he dicho.

Lavoie rio.

–No le entiendo. Dice que no ha leído nada mío pero que soy un escritor decente y además está interesado en mí. Ciertamente es usted desconcertante.

–¡Por frases así quiero que sea mi nuevo gran fichaje!

Booty Queen apareció en el escenario. Iba vestida, para disgusto de Lavoie. Si estaba perdiendo el tiempo en un tugurio de Harlem por lo menos podría salir mejor parado si le alegraban la vista.

–Quiero explicarle mis planes y que vea que voy en serio. No soy un tunante que acaba de llegar al mundillo de las revistas literarias, señor Lavoie. Vislumbro en sus ojos que a usted le parezco un tonto y le aseguro que no es así.

–Me ha enfadado que confesara que nunca ha leído una palabra mía.

–Ah, es por eso.

–Sí, eso.

–Pues sí que lo he oído.

–¿Qué? –Lavoie agitó las manos y cogió la copa de whiskey. Le quedaba el vaso entero, sería una lástima dejarlo lleno. Había fundamentado su carrera con el alcohol y sabía muy bien que tirar a la basura medio gramo de escocés suponía no escribir muchas frases. Era la gasolina que tragaba antes de sentarse a juntar palabras en francés.

–Resulta que en la agencia tenemos una chica que llegó de París después de la guerra. Me leyó varios de sus párrafos de una edición canadiense. Es más, los tradujo en voz alta y yo comprendí que debía tener a una persona como usted conmigo.

–Entiendo.

–Escribe unas historias increíbles, no tenemos nada parecido en la revista. Cuando me enteré de que estaba usted en la ciudad firmando libros de su última novela me dije que debía concertar una cita de inmediato.

–Ahora nos entendemos: ¿en qué idioma me publicará?

–En inglés, por supuesto.

–Comprendo.

–¿Siempre es tan lacónico?

–Por supuesto.

–Entonces nos llevaremos bien. ¿Qué le parecen doscientos dólares por dos relatos? Lo único que debe hacer es proporcionarme los textos que crea que pueden conectar con el público. Ni siquiera deben ser nuevos.

–Suena genial. ¿Los traducirá la chica parisina?

–Oh, sí, claro. Podrá conocerla si quiere, ya me entiende. Veo que no lleva anillo de casado.

–Nunca me lo pongo cuando estoy fuera de Ontario.

Booty Queen dejó caer parte de su vestuario al suelo y aunque se quedó en ropa interior, Carl Lavoie se dijo que merecía la pena haber ido a conocer a Prentis O’Neil, antes estaba equivocado. El espectáculo se alargó hora y media, con lo que a Carl le dio tiempo a tragarse tres nuevas copas y a firmar en una servilleta un contrato improvisado cediendo sus derechos a la Editorial Condor.

Cuando Prentis O’Neil y Lavoie salieron del Dixie, el editor confesó al escritor que necesitaba irse a dormir la mona, pero que había pasado una velada fantástica con él. Se estrecharon la mano y Lavoie consiguió parar un taxi amarillo. Dio al conductor las señas de su hostel y se despidió de Prentis. Echó una última ojeada a la entrada del Dixie intentando ver otra vez las largas piernas de Booty Queen.

En la esquina el taxi guardó turno para permitir que circulara por el cruce un camión de reparto y mientras estaban parados, se oyeron tres disparos.

Lavoie alcanzó a discernir que venían desde su espalda. Se giró para ver que ocurría en el Dixie y tuvo el tiempo justo de distinguir como la muchedumbre del local se dispersaba en todas direcciones.

El taxista metió varias marchas y salió a todo trapo.

–¡Esa gente, joder! ¿Por qué demonios sigo recogiendo clientes en Harlem? ¡Leches! ¿Y qué diantres hacía usted ahí metido? Es más blanco que el papel de estraza.

Carl Lavoie balbuceó una mala respuesta y lo siguiente que recordaba era llegar a la recepción del hostel, recoger la llave y dejarse caer como si estuviera muerto en la cama.

A las diez de la mañana el teléfono puesto cerca del camastro, a su vez empotrado contra la pared del motel, arañó las orejas del canadiense.

–¿Oui? –descolgó.

–¿Es usted Carl Lavoie? –preguntó una voz dura acostumbrada a golpear muros y a deshacer ladrillos.

–Le même.

–¿Qué ha dicho?

–El mismo –Lavoie cambió de lengua al recordar que se encontraba en Estados Unidos–. Perdóneme, acabo de despertar.

–El detective Malone quiere hacerle varias preguntas sobre el señor Prentis O’Neil. ¿Puede pasar por la comisaría del distrito doce en una hora?

–Sí, deme las señas –Lavoie buscó papel para anotar, preguntándose en qué clase de lío lo había metido el editor de la revista pulp. Recordaba haber firmado varios documentos –o servilletas– viendo bailar a la hipnótica *Booty Queen*. ¿Lo habían estafado?

–No se haga esperar –la voz titánica colgó.

El chico de recepción le aconsejó desayunar en la cafetería de la esquina y Lavoie saboreó el café americano servido por una camarera arrugada y cansada, encontrándolo entre insípido y detestable. Para no menguar el presupuesto, fue caminando y encontró la comisaría que pertenecía al mismo sector que el Dixie. Preguntó por el inspector Malone y un oficial le ordenó que esperara en una sala con bancos llena a rebosar de testigos, sospechosos y delincuentes en general. No tuvo que esperar mucho pues el inspector Malone se plantó delante de él y con la misma marcialidad que el oficial anterior pidió a Lavoie que lo siguiera. Fueron hasta una sala en la que solo había un ventanuco, paredes blancas agrisadas por el humo del tabaco, ciertas manchas rojizas en la mesa para interrogar y el tufillo de que iban a joderlo a base de bien.

El policía vestía un traje de corte fino que atrapaba como podía sus hombros. Con cualquiera de las dos manos del tamaño de tapas de alcantarilla Malone arrancaría la sonrisa más irónica, y última, de cualquier dentadura. Si podía haber un agente en la comisaría con peores pulgas que él, a Carl Lavoie le costaría encontrarlo.

–¿Y cuál es la razón de que yo esté aquí? Debo firmar libros en el barrio francés a la una y por la tarde enlazar con un tren que parte hacia Canadá desde Hignood Station.

–El asesinato que cometió anoche en la puerta del Dixie.

–Anoche salí bastante borracho del Dixie pero no recuerdo haber apretado el gatillo.

–¿Me toma por imbécil? –preguntó el inspector Malone a bocajarro–. Mató a Prentis O’Neil.

–¿Cómo dice? De ninguna manera dispararía contra Prentis. Es mi editor en Estados Unidos.

–Espero que empiece a decir la verdad. Hágalo y quizá pueda ayudarse a sí mismo con una condena menor.

–Está acusándome sin pruebas. Además, el taxista justificará que yo no maté a nadie. Cuando monté en el coche y el taxi avanzó hasta la esquina ambos oímos detonaciones. El chófer acelero y maldijo a la gente de ese barrio por andar siempre a tiros.

–Booty Queen afirma que usted es quien disparó contra Prentis O’Neil en la puerta del Dixie.

–¿La preciosa Booty Queen? No sabe lo que dice. Debió de ser un conocido suyo e intenta inculparme a mí. Soy el tonto útil del caso.

El inspector Malone se quedó mirando fijamente a Carl Lavoie. En su cara asomó una duda.

–Deme la descripción del taxista.

Recordaba que el cartel grabado en la puerta del coche era verde y las letras estaban pintadas de un amarillo llamativo. Y el chófer hablaba con acento de Harlem, pero tenía cara de haber llegado de Europa años antes, como si fuera polaco por la tez rojiza y el pelo rubio. También encajaba en la descripción de un alemán cualquiera y quedaban descartados los franceses pues Lavoie conocía muy bien a la gente del país natal de su familia.

Dio la descripción y los datos que recordaba al inspector Malone.

–No haga ninguna tontería–salió de la sala de interrogatorios.

Lavoie pasó el tiempo imaginándose, como si fuera un novelista policiaco y no un escritor costumbrista, que diantres había ocurrido y qué maldita cadena de acontecimientos le había llevado a él a verse atrapado en un incidente en el cuál Prentis O’Neil presuntamente estaba muerto.

También pensó, por haber leído el dato en una novela publicada el año anterior, que los detectives de homicidios podían practicar la prueba de la pólvora para justificar si en las manos de los sospechosos quedaban restos de nitrato de potasio, carbono y azufre. Todo ello, unido al testimonio del taxista –si lo encontraba en la oficina el inspector Malone– contribuiría a que Lavoie volviera a Canadá. Su deseo de publicar en inglés en el país vecino quedaba en segundo plano.

El inspector Malone entró en la sala de interrogatorios con cara de pocos amigos. Carl Lavoie no le preguntó si había averiguado algo acerca del taxista, pero el policía volvió a la carga en un intento de incriminarlo:

–Booty Queen y cinco personas más aseguran que fue usted.

–Cuénteme que le han dicho.

–A las tres y cuarto de anoche la patrulla 432 se presentó en el Dixie para responder a la llamada de auxilio hecha por un vecino preocupado: había escuchado varios tiros en la acera de enfrente. Los agentes se encontraron el cadáver de Prentis O’Neil tirado en el suelo y preguntaron a la gente reunida alrededor del cuerpo que había pasado. Según el atestado, Booty Queen dijo que había sido un hombre blanco. Los patrulleros no se cuestionaron que mintiera y yo seguí la pista. ¿Es usted de fiar, señor Lavoie?

–Claro.

–Entonces dígame que hacía anoche en el Dixie en realidad.

–Firmar un contrato para publicar en Estados Unidos varios relatos. El señor O’Neil quedó conmigo allí, muy interesado en ser mi editor en lengua inglesa. Quedamos que el lunes yo le haría llegar dos relatos y que él los incluiría en el siguiente número de su revista. Dependiendo del éxito que tuvieran, claro, Lavoie incluiría en el acuerdo otros muchos cuentos y ganaría dinero de verdad. Ese era el plan, nada menos. Los hombres hacen planes y Dios juega a los bolos.

–Puede marcharse.

–¿De veras?

–Sí. Booty Queen nos ha tomado el pelo. El chófer de la compañía de taxis ha corroborado su versión y un vecino que miraba por casualidad la puerta del Dixie ha confirmado que usted no ha tenido nada que ver en la muerte de O’Neil.

–¿Y se puede saber quién es el culpable?

–Estoy trabajando en ello, pero seguramente sea un hombre que no desentone por su piel en ese maldito pub.

Carl Lavoie pensó que podría cancelar su regreso a Canadá y quedarse en New York mientras durase la investigación, pues presentía que ahí tenía una historia que las editoriales yankees querrían publicar.